

La conspiración del silencio

ALDEMARO ROMERO DIAZ

De acuerdo al Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, conspiración es la acción de dos o más personas para perpetrar algún acto ilícito o inmoral. Muchas veces ese acto puede ser la omisión, el no hacer nada para corregir un error o algo que anda mal, como el no salvar la vida de alguien que está en peligro.

Un buen ejemplo de ello lo tenemos con la situación ambiental del país. Por razones que desafián un rápido análisis, nuestras autoridades ambientales han decidido el tratar de ignorar que en Venezuela existen problemas ambientales. Es como querer indicar que el Ministerio del Ambiente con sus más de 10.000 empleados y más de 40.000 millones de bolívares de presupuesto, es innecesario; después de todo, si no tenemos problemas ambientales serios, entonces lo que deberíamos hacer es eliminar tanta burocracia y despilfarro.

Sin embargo, ello no es así. Nuestro país produce 200.000 toneladas métricas anuales de desechos tóxicos y radiactivos, lo cual es una producción per capita similar a la de los Estados Unidos. El total de áreas naturales intervenidas es del 32%, es decir, más de tres veces de lo que ha ocurrido con el Amazonas brasileño; tenemos diez cuencas altamente contaminadas, incluyendo el río más contaminado del Hemisferio Occidental: el río Tuy; y así podríamos seguir indefinidamente.

En otros países estos problemas se han enfrentado básicamente a través de la participación ciudadana, participación que sólo es posible cuando la gente está informada de la realidad ambiental en que vive y, lo que es más importante, lo que puede hacer para resolverla.

Aquí, sin embargo, se ha escogido otro camino. El de callar, cuando no disfrazar la realidad. No sólo eso: el propio gobierno a través de

subsidios pretende que muchos grupos ambientalistas le sirvan de comparsa en esta farsa, es decir, que pretendan que nuestros problemas ambientales son lo suficientemente abstractos que no se vea que el Estado, a través de sus auto-denominadas empresas básicas, es el principal contaminante del país. Que debido a la negligencia de muchos años, el 50% de nuestras playas no son aptas para su disfrute debido a la contaminación fecal, para poner sólo un ejemplo de un recurso cuyo manejo está en las manos del Estado en forma casi exclusiva.

Lo que es peor, nos hemos inventado enemigos que o bien no tenemos o cuya verdadera dimensión ha sido grandemente exagerada, como implicar a la industria en la contaminación del aire de nuestras ciudades, cuando el principal agente contaminador es el parque automotor el cual circula sin cortapisa alguna por nuestras calles y avenidas, a pesar que existe legislación para controlarlo.

A veces el enemigo señalado es tan vago como "la pobreza". Este tipo de enemigo es ideal, ya que es difícil de señalar a administración ambiental alguna de ser responsable del mismo, pero a la vez tiene un gran atractivo demagógico, especialmente estos días. Por sí fuera poco, el mismo nos permite acusar a los países industrializados de ser los únicos responsables del deterioro ambiental del planeta, a la vez que les mendigamos en foros internacionales ayuda financiera para solucionar nuestros problemas. En pocas palabras: ¡Viva el tercermundismo!

Quienes instigan este comportamiento o participan de él alegremente, se olvidan, sin embargo, de una aplastante realidad histórica: se puede engañar a todo el mundo algunas veces, se puede engañar a algunas personas todo el tiempo; pero no se puede engañar a todo el mundo todo el tiempo.

Y no hay conspiración del silencio que pueda con esa realidad.